

RENÉ DESCARTES.

1-. RACIONALISMO Y MÉTODO.

Este filósofo y científico francés ha sido considerado como "padre de la Filosofía Moderna". La clara definición de sus fines y la amplitud de su proyecto son rasgos característicos del pensamiento cartesiano. Su proyecto inicial pretende el logro de una ciencia universal. Así pues, el proyecto cartesiano va a concretarse bajo un lema: la unidad de la ciencia, que planteará en un contexto matemático.

El desarrollo del pensamiento cartesiano constituye una progresiva explicitación y fundamentación de este proyecto inicial de unidad entre todas las ciencias. En este sentido, la vía cartesiana a la filosofía tiene su punto de partida en la noción de ciencia universal. Descartes no acepta los cimientos del conocimiento aceptados por sus predecesores y por ello se esfuerza por construir un nuevo edificio filosófico, asentado sobre cimientos firmes.

Este proyecto genuinamente cartesiano de elaboración de una ciencia universal, que intuye en su "hallazgo admirable" a partir de los célebres "sueños" de noviembre de 1619, nace en gran medida como reacción frente a la filosofía escolar de su época que Descartes percibe como caracterizada por el desacuerdo en casi todas las cuestiones. Por otra parte, rechaza la lógica silogística que había imperado durante toda la escolástica. De este modo, frente a la idea escolástica, según la cual los procedimientos deben adecuarse a los distintos objetos de cada ciencia, Descartes considerará que el método ha de ser único, es decir, común en sus reglas para todas las ciencias. La raíz principal de su racionalismo consistirá, precisamente, en postular la conveniencia de un método: un método general que daría la unidad de la ciencia universal.

El método expresa la estructura de la razón humana, tal y como ésta puede aplicarse al conocimiento verdadero de los objetos, y por eso mismo sustenta a cualquier ciencia. El método es el fundamento de la ciencia universal y, por lo tanto, el núcleo de su racionalismo. No hay conocimiento, ya sea en el ámbito científico o filosófico, que no pueda ser racional, es decir, expuesto conforme a las reglas del método. Para buscar dicho método, su referencia fundamental serán las matemáticas: desde su juventud había cultivado las matemáticas, observando que las proposiciones matemáticas no deben su verdad a la experiencia, sino a la razón ("verdades de razón"). Considerará que únicamente en las matemáticas se pueden encontrar verdaderas demostraciones, es decir, ciertas y evidentes. De aquí surge su propósito de crear una especie de matemática universal, liberada de los números y de las figuras, para que pueda servir de modelo a todos los saberes. En este contexto de crítica y de recuperación de las ciencias matemáticas hay que leer el pasaje en el que



Descartes, en su “Discurso del Método”, afirma que quiere inspirar el método del nuevo saber en la claridad y el rigor típicos de procedimientos geométricos: “Aquellas largas cadenas de razonamientos, todas ellas sencillas y fáciles, de las que se suelen servir los geómetras para llegar hasta sus más difíciles demostraciones, me habían dado la ocasión de imaginar que todas las cosas que el hombre puede conocer se producen del mismo modo y que, si nos abstenemos de aceptar por verdadera una cosa que no lo es, y siempre que se respete el orden necesario para reducir una cosa de otra, no habrá nada que esté tan lejano que al final no pueda llegarse allí, ni nada tan oculto que no pueda descubrirse.

Así pues, las matemáticas le sirvieron de paradigma o modelo en la búsqueda de unas primeras verdades absolutamente ciertas que le sirvieran de apoyo en la reconstrucción del edificio de la ciencia y la filosofía.

La filosofía que, como afirma en el prefacio a los Principios de la filosofía, significa el estudio de la sabiduría, es entendida como un todo: "toda filosofía es como un árbol cuyas raíces son la metafísica, el tronco la física y las ramas que salen de ese tronco todas las demás ciencias, que se reducen a tres principales: la medicina, la mecánica y la moral (...), que es el último grado de la sabiduría". Así pues, Descartes se decide por una filosofía que asegure el conocimiento perfecto de todas las cosas que el hombre puede saber, tanto para la conducta de su vida (moral), como para la conservación de su salud (medicina) como para la invención de las artes (mecánica). Si toda la casa se derrumba, si se hunden la vieja metafísica y la vieja ciencia, entonces el nuevo método aparecerá como el principio de un saber nuevo, que está en disposición de impedir que nos perdamos en ciertas formas de escepticismo. Es urgente, pues, diseñar una filosofía que justifique la confianza en la razón, una filosofía capaz de encontrar la verdad fundamentándose en un método universal y fecundo. Descartes llama la atención sobre el fundamento, porque de éste depende la amplitud y la solidez del edificio que hay que construir y contraponer al edificio aristotélico, sobre el cual se apoya la tradición filosófica anterior. Lo que urge poner en claro es el fundamento que permita un nuevo tipo de conocimiento de la totalidad de lo real, por lo menos en sus líneas esenciales.

En síntesis, el proyecto cartesiano propugna la unidad de todas las ciencias, que dependen de un único método obtenido a partir del modelo que ofrecen las matemáticas. Descartes consagra la razón como fuente principal de conocimiento y seguro criterio de verdad. Sobre tales principios racionalistas apoya, a su vez, su método que será, a un mismo tiempo, punto de arranque y meta de su filosofía. En este sentido, Descartes hace del método matemático el método de todo lo real: substituye la complejidad de lo real por las ideas claras y distintas. Las ideas serán los modelos a los que debe ajustarse la realidad, o bien serán la misma realidad. De esta manera, el pensamiento será la condición del

ser y el "cogito" (tal y como analizaremos) será el principio o punto de partida del que se deducirá todo lo real.

Tal y como ya hemos señalado, el método es el gran principio unificador en el sistema cartesiano, pues revela su teoría de la ciencia única. En sus Reglas para la dirección del espíritu señala que "antes que hacerlo sin método, es mejor renunciar a buscar verdad alguna". Como la inteligencia es la misma en todos los hombres, el método debe ser uno y universal, no limitado a materia alguna en particular, sino aplicable a todo conocimiento. El método tiene como principal objetivo facilitar el uso natural de la razón que, abandonada a sí misma, no se equivoca.

Descartes concibe el método como un camino seguro que nos llevará a un conocimiento perfecto, proporcionándonos certeza y evidencia, pues "toda ciencia es un conocimiento cierto y evidente". Así pues, entiende el método como un conjunto de reglas ciertas y sencillas que impiden tomar jamás un error por una verdad. En este sentido, afirma: "Entiendo por método reglas ciertas y fáciles, mediante las cuales el que las observe exactamente no tomará nunca nada falso por verdadero y, no empleando inútilmente ningún esfuerzo de la mente, sino aumentando siempre gradualmente su ciencia, llegará al conocimiento verdadero de todo aquello de que es capaz" (Reglas para la dirección del espíritu). Teniendo en cuenta esta definición, apreciamos que las ventajas de este método son que:

- 1º evita el error llevándonos a la verdad con seguridad;
- 2º que permite aumentar los conocimientos verdaderos
- 3º que es sencillo.

Para Descartes, "intuición" y "deducción" son las dos operaciones fundamentales de la mente; si bien hace todo lo posible por intentar reducir esta última a la primera. El método consiste en reglas para emplear correctamente estas dos operaciones mentales. La finalidad del método consistirá en posibilitar el ejercicio de la intuición, y en señalar la manera adecuada de realizar deducciones, así como en seguir el orden. Con ello colocará a la mente en el umbral mismo de la ciencia.

LAS REGLAS DEL MÉTODO (de su *Discurso del método*)

Una vez que hemos expuesto la definición y pretensión del método cartesiano, vamos a mostrar la presentación de esas reglas que dice que debe tener, y que se deben realizar indiscutiblemente si queremos llegar a los objetivos marcados.

Veamos cuáles son las cuatro reglas que configuran el método cartesiano:

1ª regla. Constituye tanto el punto de partida como el punto de llegada del método. Dice así: “Nuca acoger nada como verdadero, si antes no se conoce que lo es con evidencia: por lo tanto evitar la precipitación; y no establecer juicios que estén más allá de lo que se presenta ante mi inteligencia de forma clara y distinta excluyendo cualquier posibilidad de duda”. Esta primera regla se convierte así en el principio normativo fundamental, porque todo debe converger hacia la claridad y la distinción, a las que precisamente se reduce la **evidencia**. ¿Cuál es el acto intelectual mediante el cual se logra la evidencia? Es la **intuición**, que Descartes describe de la siguiente forma: “No es el testimonio fluctuante de los sentidos o el juicio falaz de la imaginación, sino un concepto de la mente pura y atenta, tan fácil y distinto que no queda ninguna duda alrededor de lo que pensamos”. El acto intuitivo, la intuición, se autofundamenta y se autojustifica, ya que tiene como garantía la transparencia entre razón y contenido intuitivo. Se trata de aquella idea clara y distinta que refleja “sólo la luz de la razón”, sin que todavía se haya puesto en relación con otras ideas, sino considerada en sí misma. El objetivo de las otras tres reglas consiste en llegar a esta transparencia mutua.

2ª regla. “Dividir todo problema que se someta a estudio en tantas partes menores como sea posible y necesario para resolverlo mejor”. Se trata de una defensa del método analítico, el único que nos puede llevar hasta la evidencia, porque al desmenuzar lo complejo en sus partes más sencillas, permite que el intelecto despeje todas sus dudas. La intuición necesita de la simplicidad que se logra a través de la descomposición de lo complejo. Descartes llama “simple” aquello cuyo conocimiento es tan claro y distinto que la mente no puede dividirlo más. Si lo verdadero está mezclado con lo falso, el método analítico deshace tal mezcla liberando lo verdadero.

3ª regla. Al análisis le debe seguir la **síntesis**. “La tercera regla es la de conducir con orden mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, hasta el conocimiento de los más complejos, suponiendo que hay un orden”. Se trata de reconstruir un orden o de crear una cadena de razonamientos, que van desde lo sencillo hasta lo compuesto y que no pueden dejar de tener una correspondencia con la realidad. ¿Cuál es la importancia de la síntesis? Puede parecer que a través de este doble trabajo no surge nada realmente nuevo, ya que acabamos por encontrar el mismo objeto del cual habíamos partido. En realidad ya no es el mismo objeto: el compuesto reconstruido es otra cosa, ya que está penetrado por la luminosidad transparente del pensamiento.

4ª regla. “La última regla es la de efectuar en todas partes enumeraciones tan complejas y revisiones tan generales que se esté seguro de no haber omitido nada”.

Todo el método consiste en seguir un orden, es decir, en reconducir las proposiciones oscuras a las más simples, y en ascender a continuación, gradualmente, de lo más simple a lo más complejo, apoyándose siempre en la intuición y en la deducción. La intuición es una visión o mirada precisa e indubitable, concepción de un espíritu atento y puro, conocimiento directo o inmediato, que permite tomar una cosa como verdadera al captar su idea clara y distintamente. Es clara una idea (contenido espiritual u objeto de pensamiento en tanto que pensado) presente y manifiesta para un espíritu atento. Por su parte, una idea es distinta cuando nos aparece de manera precisa y diferente a todas las demás. El proceder de Descartes descansa, pues, en la evidencia, es decir, en el carácter de lo que se impone inmediatamente al espíritu y entraña su asentimiento. Junto a la intuición es necesaria también la deducción racional: operación discursiva que supone un camino, una demostración o encadenamiento lógico o sucesión. La deducción representa un movimiento ordenado que va de proposición en proposición, un lazo establecido entre verdades intuitivas.

Las cuatro reglas que expone Descartes en su “Discurso del Método”, son reglas simples que subrayan la necesidad de que se tenga una plena conciencia de los pasos mediante los cuales se articula cualquier investigación rigurosa. Constituyen el modelo del saber, porque la claridad y la distinción evitan los posibles equívocos o las generalizaciones apresuradas. A tal efecto, ante los problemas complejos y ante fenómenos confusos, hay que llegar hasta los elementos más simples, que no pueden descomponerse más, para que queden iluminados por la luz de la razón.

2-. DUDA METÓDICA Y COGITO ERGO SUM.

- LA DUDA METÓDICA.

Una vez establecidas las reglas del método, es necesario justificarlas, dar cuenta de su universalidad y fecundidad.

Descartes aplica sus reglas al saber tradicional para comprobar si contiene alguna verdad tan clara y distinta que permita eliminar cualquier motivo de duda. Si la aplicación de estas reglas nos conduce a una verdad indubitable, entonces habrá que asumir que ésta es el comienzo de una larga cadena de razonamientos o el fundamento del saber. La condición que siempre hay que respetar en ese proceso de búsqueda de una verdad indubitable es la siguiente: No será lícito aceptar como verdadera una aserción que se vea teñida por la duda o por una posible perplejidad. Habrá, por tanto, que examinar los principios sobre los que se fundamenta el saber tradicional; si tales principios caen, todo lo que se fundamente sobre ellos también caerá.

Empezaremos señalando que buena parte del saber tradicional pretende estar basado en la experiencia sensible. Ahora bien, ¿cómo es posible considerar

como cierto e indudable un saber que se origina en los sentidos, si éstos a veces nos engañan? Por ello, Descartes en el Discurso del Método afirma lo siguiente: “Dado que los sentidos a veces nos engañan, decidí suponer que ninguna cosa era tal como nos la representaban los sentidos”. Por lo tanto, **cabe dudar que las cosas sean como las percibimos por los sentidos**. Pero ello **no nos permite dudar que existan las cosas que percibimos**

Descartes también nos presenta en sus “Meditaciones Metafísicas” la confusión que el ser humano experimenta entre el **sueño y la vigilia**. En alguna que otra ocasión nos ha sucedido que hemos estado convencidos de vivir una situación que tan sólo era un sueño o una pesadilla, pero tan sólo nos hemos dado cuenta que era una ficción en el momento de despertar, ya que mientras tanto estábamos convencidos que era real; por ello Descartes nos dice, ¿cómo podemos estar convencidos de que lo que estamos viviendo ahora es real o tan sólo un sueño? Por lo tanto, **podemos dudar de la existencia de las cosas y del mundo material¹ (incluido nuestro cuerpo)**. Pero ello **no nos permite dudar de un cierto tipo de verdades, como las matemáticas**. Dormidos o despiertos los ángulos de un triángulo suman 180° en la geometría de Euclides.

La tercera razón para dudar es la más radical de todas: la **hipótesis del genio maligno**. Si Dios permite que me engañe a veces, **¿no es posible que, al razonar, me engañe siempre hasta incluso cuando estoy más absolutamente seguro como en el caso de las verdades matemáticas?**

La **hipótesis del genio maligno** se formula así: no es imposible que en vez de Dios exista un ser infinitamente poderoso e inteligente cuyo único empeño no sea otro que el de hacer que me confunda y me engañe incluso cuando más seguro estoy de mis razonamientos. Es posible que no exista pero **¿y si existiera?** Ninguna seguridad tengo de que no exista por eso puedo dudar absolutamente de todo aquello de lo que estaba completamente seguro. Por lo tanto, **puedo dudar de las verdades matemáticas, de la existencia de Dios y de su veracidad**.

Podemos concluir afirmando que no existe en el edificio del saber ningún rincón sano. La casa se hunde porque los cimientos están socavados. Nada resiste a la fuerza corrosiva de la duda. Descartes escribe lo siguiente en las Meditaciones Metafísicas: “Yo supongo que todas las cosas que veo son falsas; me digo a mí mismo que jamás ha existido nada de lo que mi memoria llena de

¹ Descartes afirma que creemos en la existencia del mundo material porque de ella tenemos una “**certeza moral**” o probable. Tal tipo de certeza es suficiente para las necesidades de la vida práctica, “suficiente para regular nuestras costumbres” según sus propias palabras. Sin embargo, no tenemos de esta existencia una “**certeza metafísica**” o absoluta, es decir, no se nos muestra como una verdad absolutamente necesaria e indudable. En su sistema filosófico veremos que esta certeza metafísica se hallará antes de la existencia del alma o de Dios, siendo éste último garantía de la validez de nuestra creencia en la existencia del mundo material.

mentiras me representa; pienso que no tengo ningún sentido; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar no son más que ficciones de mi espíritu. ¿Qué podrá ser considerado como verdadero? ¿Ninguna otra cosa, quizás que no sea que en el mundo nada hay de cierto?”. Es obvio que aquí no nos encontramos ante la duda de los escépticos. Aquí la duda quiere llevar hacia la verdad, y por eso se llama “metódica”, en la medida en que constituye un paso obligado, pero también provisional, para llegar hasta la verdad. Descartes quiere poner en crisis el dogmatismo de los filósofos tradicionales y, al mismo tiempo, combatir aquella actitud próxima al escepticismo que se dedicaba a ponerlo todo en duda, sin ofrecer nada a cambio. A través de la duda, Descartes quiere remover las aguas estancadas de la conciencia tradicional, quiere que se perciba el fecundo peso de la duda, para que surja algo más auténtico y más seguro. No se pueden aprovechar debidamente las implicaciones de la duda si a través de sus sombras no percibimos una luz que se esfuerza por salir a la superficie, pero que hay que hacer que brille para que el hombre vuelva a pensar con plena libertad.

- LA CERTEZA FUNDAMENTAL. “COGITO ERGO SUM”.

Después de haberlo puesto todo en duda, “inmediatamente después, hube de constatar –prosigue Descartes en el Discurso de Método- que, aunque quería pensar que todo era falso, era por fuerza necesario que yo, que así pensaba, fuese algo. Y al observar que esta verdad **‘pienso, luego soy’**, era tan firme y sólida que no eran capaces de conmovérsela ni siquiera las más extravagantes hipótesis de los escépticos, juzgué que podía aceptarla como el primer principio de la filosofía que yo buscaba”.

La proposición “pienso, luego soy” es absolutamente verdadera, porque incluso la duda –por extremada y radical que se muestre- la confirma.

¿Qué entiende Descartes por pensamiento? Descartes entiende por pensamiento todo lo que en nosotros está hecho de forma que nos permite ser inmediatamente conscientes de ello; así, todas las operaciones de la voluntad, del intelecto, de la imaginación y de los sentidos son pensamientos.

“Pienso, luego soy” no es un razonamiento, es una pura intuición, se trata de un acto intuitivo, gracias al cual percibo mi existencia en tanto pensante. Cuando Descartes trata de definir nuestra existencia, sostiene que ésta es una *res cogitans*, una cosa pensante, en la que no hay ruptura entre pensamiento y ser.

La aplicación de las reglas del método ha llevado así al descubrimiento de una verdad que de manera retroactiva confirma la validez de aquellas reglas, que encuentran un fundamento y pueden entonces tomarse como norma de cualquier saber.

Descartes tan sólo va a aceptar como verdaderas aquellas cosas que se conciben de una manera clara y distinta; de este modo la claridad y la distinción cobran una especial importancia. ¿En qué se fundamentan la claridad y la distinción? Se basan en la certeza adquirida de que nuestro “yo” o la conciencia propia como realidad pensante se presenta con los rasgos de la claridad y la distinción. A partir de ahora la actividad cognoscitiva tendrá que buscar la claridad y la distinción que son los rasgos típicos de la primera verdad, y por tanto deben caracterizar a toda verdad.

A partir de ahora todo saber tendrá que inspirarse en dicho método, porque no está fundamentado por la matemática, sino que la fundamenta a ésta, al igual que a cualquier otra ciencia. Aquello a lo que este método conduce y aquello sobre lo que se fundamenta es la razón humana, aquella recta razón que pertenece a todos los hombres. ¿Qué es esa “recta razón”? La facultad de juzgar correctamente y de distinguir lo verdadero de lo falso. Si la razón es res cogitans, que se constituye a través de la duda universal –hasta el punto de que ningún genio maligno puede tenderle artimañas y ningún engaño de los sentidos puede obscurecerla- entonces el saber tendrá que fundarse sobre ella, habrá que imitar su claridad y su distinción, que son los únicos postulados irrenunciables del nuevo saber.

3-. RES COGITANS Y MECANICISMO: CÓMO SE LLEGA A ESTABLECER COMO VERDADERO EL MUNDO SENSIBLE.

Si el cogito es la primera verdad evidente por sí misma, ¿qué otras ideas de presentan con el mismo grado de evidencia? ¿Es posible tomarlo como punto de partida y reconstruir con ideas claras y distintas –como el cogito- el edificio del saber? Ya que Descartes coloca el fundamento del saber en la conciencia, ¿cómo se logrará salir de ésta y reafirmar el mundo exterior? En resumen, las ideas, como formas mentales resultan indudables, porque tengo de ellas una percepción inmediata, pero en la medida en que representan una realidad distinta de mí, ¿son verídicas, representan una realidad objetiva o son simples ficciones mentales?

Antes de responder a esta pregunta, conviene recordar que Descartes divide las ideas en tres clases: **ideas innatas**, las que encuentro en mí, nacidas junto con mi conciencia; **ideas adventicias**, que me llegan desde fuera y se refieren a cosas por completo distintas de mí; e **ideas artificiales**, o construidas por mí mismo. Descartando estas últimas como ilusorias, el problema se centra en la objetividad de las ideas innatas y de las ideas adventicias.

Las ideas adventicias, que me remiten a un mundo exterior, ¿son realmente objetivas? ¿Quién garantiza tal objetividad? Podría responderse: la claridad y la distinción. Pero, ¿y si las facultades sensibles nos engañasen? Para hacer frente a esta serie de dificultades y para fundamentar de manera definitiva

el carácter objetivo de nuestras facultades cognoscitivas, Descartes plantea y soluciona el problema de la existencia y de la función de Dios.

Entre las muchas ideas que hay en la conciencia, Descartes destaca la idea innata de Dios, en cuanto “sustancia infinita, eterna, inmutable, omnisciente, y por la cual yo mismo y todas las demás cosas que existen (si es verdad que existen cosas) hemos sido creados y producidos”. El autor de esta idea, que está en mí, no soy yo, imperfecto y finito, ni ningún ser igualmente limitado. Tal idea que está en mí pero no procede de mí, sólo puede tener como causa adecuada a un ser infinito, es decir, a Dios.

La misma idea innata de Dios puede proporcionarnos una segunda reflexión que confirma los resultados de la primera argumentación. Si la idea de un ser infinito que está en mí, también procediese de mí, ¿no me habría producido yo mismo de un modo perfecto e ilimitado, y no por el contrario imperfecto, como se aprecia a través de la duda y de la aspiración jamás satisfecha a la felicidad y a la perfección?

Finalmente, apoyándose en las implicaciones de dicha idea, Descartes formula un tercer argumento, conocido con el nombre de prueba ontológica. La existencia es parte integrante de la esencia, por lo cual no es posible tener la idea de Dios sin admitir al mismo tiempo su existencia; al no poder concebir a Dios sin existencia, se sigue que Dios existe verdadera y necesariamente.

¿Por qué Descartes se dedica con tanta insistencia al problema de la existencia de Dios, si no es para poner en claro la riqueza de nuestra conciencia? En efecto, en la Meditaciones Metafísicas se sostiene que la idea de Dios es “como la marca del artesano que se coloca en su obra, y ni siquiera es necesario que esta marca sea algo diferente a la obra misma”. Por lo tanto, al analizar la conciencia Descartes tropieza con una idea que está en nosotros pero no procede de nosotros y que nos penetra profundamente, como el sello del artífice a la obra de sus manos. Ahora bien, si esto es verdad y si es cierto que Dios – puesto que es sumamente perfecto- también es sumamente veraz e inmutable, ¿no deberíamos entonces tener una inmensa confianza en nosotros, en nuestras facultades, que son obra suya?

La dependencia del hombre con respecto de Dios no lleva a Descartes a las mismas conclusiones que habían elaborado la metafísica y la teología tradicionales: la primacía de Dios y el valor normativo de sus preceptos y de todo lo que está revelado en la Escritura. La idea de Dios en nosotros, como la marca del artesano en su obra, es utilizada para defender la positividad de la realidad humana y –desde el punto de vista de las potencias cognoscitivas- su capacidad natural para conocer la verdad y, en lo concerniente al mundo, la inmutabilidad de sus leyes. Aquí es donde se ve derrotada de forma radical la idea del genio maligno o de una fuerza destructiva que pueda burlar al hombre. Bajo la protectora fuerza de Dios las facultades cognoscitivas no nos pueden

engañar, puesto que en tal caso Dios mismo –su creador- sería el responsable de este engaño. Y como Dios es sumamente perfecto, no puede mentir. Aquel Dios, en cuyo nombre se intentaba obstaculizar la expansión del nuevo pensamiento científico, aparece aquí como el garante de la capacidad cognoscitiva de nuestras facultades. La duda se ve derrotada y el criterio de evidencia está justificado de modo concluyente. Únicamente para el ateo la duda no ha sido vencida de manera definitiva, porque siempre puede poner en duda lo que le indican sus facultades cognoscitivas, al no reconocer que éstas fueron creadas por Dios, suma bondad y verdad.

Dios garantiza todas aquellas verdades claras y distintas que el hombre está en condiciones de alcanzar. El hombre conoce y nada más, sin la menor intención de emular a Dios. Se defiende a la vez el sentido de la finitud de la razón y el sentido de su objetividad. La razón del hombre es específicamente humana, no divina, pero su actividad se halla garantizada por aquel Dios la ha creado.

Sin embargo, si bien es cierto que Dios es veraz y no engaña, también es cierto que el hombre yerra. ¿Cuál es entonces el origen del error? Ciertamente el error no es imputable a Dios sino al hombre, porque no siempre se muestra fiel a la claridad y a la distinción. Las facultades del hombre funcionan bien, pero de éste depende el hacer un buen uso de ellas, no tomando como si fuesen claras y distintas ideas aproximativas y confusas. El error tiene lugar en el juicio, y para Descartes, pensar no es juzgar, porque en el juicio interviene tanto el intelecto como la voluntad. El intelecto que elabora las ideas claras y distintas no se equivoca. El error surge de la inadecuada presión de la voluntad sobre el intelecto.

Con esta inmensa confianza en el hombre y en sus facultades cognoscitivas y después de haber señalado las causas y las implicaciones del error, Descartes puede avanzar ahora hacia el conocimiento del mundo y de sí mismo, en cuanto se halla en el mundo. Ya se ha justificado el método, se ha fundamentado la claridad y la distinción, y la unidad del saber ha sido reconducida a su fuente, la razón humana, sostenida e iluminada por la garantía de la suprema veracidad de su Creador.

Así pues, Dios garantiza, por un lado, que existe una realidad exterior al *cogito*, y por otro lado, que tal realidad material o Mundo es tal y como mis ‘ideas claras y distintas’ (=evidentes) lo piensan. Pero, no todas las ideas que maneja nuestro pensamiento son ‘claras y distintas’.

Según Descartes, sólo aquellas ideas que se refieren a las llamadas **cualidades primarias** de los objetos, como son las de *espacio* y *movimiento*, poseen la claridad y distinción necesarias para que la razón las considere verdaderas. Mientras que todas aquellas ideas que maneja nuestro pensamiento y que se refieren a lo que Descartes denomina **cualidades secundarias** de los objetos, como son las de *sonido*, *sabor*, *tacto*, *olor*, etc., no poseen la claridad y

distinción que toda idea necesita para que la razón la considere verdadera y nos proporcione una representación adecuada de la realidad.

El único Mundo que nuestra razón concibe con evidencia no es éste de nuestra vida cotidiana, conocido a través de los sentidos y sometido a fluctuaciones de muy diverso tipo, sino uno compuesto de líneas, ángulos y figuras geométricas que se mueven en el espacio. Para Descartes, el mundo físico o material es un colosal **mecanismo** de relojería creado y puesto en movimiento inicialmente por Dios, pero que ahora se mueve por sí mismo en virtud de ciertas leyes físicas, como por ejemplo, el **principio de inercia** (“*cuando una parte de la materia ha empezado a moverse, no hay razón alguna para pensar que dejará de hacerlo si no encuentra nada que retarde o detenga su movimiento*”), la **ley del movimiento rectilíneo** (“*todo cuerpo que se mueve tiende a continuar su movimiento en línea recta a no ser que algo, otro cuerpo, se lo impida*”), la **ley de la conservación del movimiento** (“*si un cuerpo que se mueve encuentra otro más fuerte que él, no pierde nada de su movimiento; y si se encuentra otro más débil que pueda ser movido por él, pierde tanto movimiento como transmite a éste*”), etc. Este es el mundo que nuestra razón, no nuestros sentidos, concibe con claridad y distinción, el mundo que es capaz de pensar con precisión e incluso belleza la razón matemática.

Las causas aristotélicas (material, formal, eficiente y final) son desechadas por Descartes como ‘ideas confusas’ (=erróneas). La única causalidad evidente racionalmente es la **causalidad mecánica**: todo movimiento en la naturaleza está causado por el choque entre partes de la materia, no por la búsqueda de finalidades o **télos** como afirmaba Aristóteles. ¿Y los seres vivos? Descartes sostiene que son mecanismos muy perfeccionados. Los animales y los vegetales son autómatas carentes por completo de alma, ya sea vegetativa o sensitiva. ¿Y el hombre? El hombre, para Descartes, es una realidad compuesta de dos sustancias: **espíritu y materia**.

En cuanto **cuerpo** material o ‘sustancia extensa’, el hombre está sometido a las mismas leyes mecánicas que cualquier otro cuerpo material. Pero, en cuanto **espíritu** o ‘sustancia pensante’, el hombre es libre y escapa, por tanto, a las leyes que rigen inexorablemente los movimientos de la materia.

El hombre es, pues, una unión accidental (igual que para Platón) de dos sustancias: una material y otra espiritual. Y dado que cada sustancia es una realidad que existe con independencia de la otra, Descartes explicará la interacción entre ambas (es decir, el hecho de que una modificación en la **sustancia material**, como por ejemplo, una presión sobre el cuerpo, llegue a afectar al alma produciendo en ella alguna sensación, o el hecho de que una modificación en la **sustancia pensante**, como por ejemplo, un deseo, pueda causar movimientos en el cuerpo) diciendo que es a través de la *glándula pineal*, situada en el cerebro, como se produce la ‘comunicación’ o acción recíproca entre ambas sustancias. La **sustancia espiritual o pensante** posee dos facultades básicas: el entendimiento (es decir, la facultad racional o

inteligente que nos permite distinguir lo verdadero de lo falso) y la voluntad (es decir, la facultad de desear o querer).